

LA UNIVERSIDAD. UN NUEVO HUMANISMO

Hector Jorge Padrón
Universidad Nacional de Cuyo

“Cuando yo tenía quince años vi, por primera vez la Universidad de Chicago y, de alguna manera, sentí que descubría mi vida”.

Allan Bloom, *The Closing of American Mind*.

PRELIMINAR

Es sin duda significativo que mientras avanza, a grandes pasos, el proyecto de convertir el ser de la universidad en una Empresa¹, con las características que impone una economía globalizada, preocupada casi exclusivamente por los beneficios, sea no sólo posible sino, más aún, necesario proponer a nuestra reflexión algunos puntos - que a través de generaciones de universitarios han vinculado siempre la cuestión de la Universidad a la cuestión del hombre de un modo inseparable.

Las palabras de Allan Bloom que sirven de acápite a nuestro trabajo proceden del estado privilegiado del fervor que es capaz de suscitar el primer amor, la fuerza vigorosa de una convicción en la que nuestra vida se reconoce a sí misma por primera vez, así como el asombro que mueve una esperanza atraída por aquellos bienes que se presentan como fines en sí mismos, desde los edificios en su grandeza evidente, hasta la experiencia conmovedora del espíritu y sus obras en la inteligencia y en el trato con los, hombres. En suma: el descubrimiento enamorado de la vida **contemplativa**, en medio de un mundo y un conjunto de circunstancias girados hacia las exigencias más imperiosas de la acción vertiginosa y la productividad.

¹ IIª Cumbre Iberoamericana de Rectores de Universidades Estatales, Buenos Aires, UBA, 20 Octubre, 2000. La reunión tuvo la participación de 65 autoridades de Universidades Iberoamericanas y de España. La declaración manifiesta la “profunda preocupación” por la reducción presupuestaria que recibe la Universidad estatal y la invasión de la lógica del mercado en el mundo del conocimiento. Ver diario *La Nación*, 21 Octubre, 2000, p. 15, supra. La declaración insiste en definir el conocimiento como “un bien social”, “no privado” y por otra parte, en reclamar “el compromiso del Estado con la sociedad”.

Uno de los beneficios del amor genuino es que nos hace reverentes. Esta actitud, que resulta indispensable para el ejercicio de una vida plena, tiene que ver no sólo con las cosas, que sólo así nos entregan el secreto de su ser más interior y silencioso, sino también con el orden de la persona en la experiencia continua del presente y de la tradición, la cual -como escribe Bloom- es “contrapeso y remedio para lo meramente pasajero”, presencia activa de una tradición en el alma de un hombre que le da recursos contra lo efímero, el tipo de recurso que sólo los sabios pueden hallar en sí mismos”², y que una Universidad que no traiciona su propio ser entrega, libremente, a quienquiera enriquecer su vida y hacerla verdaderamente intensa en los ecos de aquella otra vida -la de la Tradición- mayor y admirable. Esto no significa que toda Tradición no deba ser discernida e interpretada en un acto entrañable de inteligencia histórica que implica siempre su recreación en la persona y en su tiempo. Pero, no es menos cierto que desde la exigencia de esta actitud se perciben con mayor claridad los límites de la denominada inteligencia crítica, entendida como la corona de la inteligencia. Los presupuestos filosóficos de esta afirmación son demasiado evidentes como para señalarlos o desarrollarlos. Los resultados están a la vista en la Universidad, el imperio cada vez mas general de una cultura analítica, reforzada por la impregnación de los dispositivos teóricos y prácticos de la tecnociencia contemporánea³. En todo caso, aun dentro de los límites de nuestro trabajo, quizá convenga recordar que la operación crítica, cualquiera sea su necesidad o su prestigio, es preliminar. Lo decisivo será siempre poder responder a preguntas que propone lo real en su totalidad y en su complejidad. La Universidad debería ser, siempre, el lugar donde estas preguntas pudieran plantearse con todo rigor y con toda libertad. Esta conducta afecta tanto al orden de las ciencias, las tecnologías y las artes. Entre todas las preguntas posibles que puede y debe acoger la Universidad, esto es, los hombres que, verdaderamente, viven en ella, hay una que atraviesa todas las opciones profesionales y todas las especialidades. Una pregunta impostergable que reclama todo el ser y todo el tiempo: **¿quiénes somos nosotros mismos? ¿cómo se hace para crecer más allá**

² Allan BLOOM, *The Closing of the American Mind*, 1987, trad. esp. Julio SERRA, *La decadencia de la Cultura*, Bs. As., Emecé, 1989, p. 244.

³ Héctor J. PADRÓN, “Tecnociencia y ética”, en *Acta Philosophica*, vol. 4 (1995) fasc. 2, pp. 103-113.

de la conciencia lacerante de los límites de lo cotidiano y, por otra parte, de la tiranía -cruel- de los dictámenes de la denominada opinión pública?⁴

Nuestro tiempo ha desarrollado toda una literatura -en el sentido científico de este término- de la crisis; menos numerosa, aunque muy importante, es aquella otra literatura que insiste en las tareas de diagnóstico y tratamiento. Esto vale también, para la crisis de la Universidad. Entre todos los síntomas graves que se detectan, quisiéramos llamar la atención sobre la entidad de uno: el síntoma de la **substitución**, cuyo peligro real es enorme. En efecto, aceptada la realidad de la crisis que afecta a la Universidad contemporánea a través de sus más diversas expresiones en los más distintos ámbitos humanos de lengua y cultura en el mundo, ¿cuántos son aquellos que están persuadidos que dicha crisis **no** consiste esencialmente en “**un problema técnico**: falta de recursos, aulas, escaso número de docentes respecto a la población de estudiantes, fracaso en la capacidad para insertar profesionalmente a los graduados”?. No obstante, “emerge con claridad que el problema de la Universidad y, consecuentemente, el de su posible decadencia tienen su origen en una falta claridad acerca de **su fin**”⁵.

I. LA NECESIDAD DEL FIN Y LA IDEA DEL HOMBRE Y DE LA UNIVERSIDAD

a. *La necesidad del fin*

Está claro que la necesidad del fin en los términos precisos del **Jubileo** comporta la tarea de examinar -una vez más- la finalidad y el papel de la formación universitaria -como quería Romano Guardini- a la luz de una "**visión cristiana del mundo**". Son muchas las razones que podrían invocarse hoy para hacer explícita la idea esto⁶. La primera de ellas apunta a la necesidad de hacer explícita la **idea de persona**

⁴ A. BLOOM, op. cit., p. 245. El autor describe vívidamente para la sociedad norteamericana, que es la suya, ese desierto que constituye la mayoría cuando “la mayoría es lo único que hay”... “el único tribunal”. Y señala que lo más grave, “lo que intimida no es su poder sino la apariencia de su justicia”. Este imperio, cada vez más vasto, puede provocar, y de hecho lo hace, la multiplicación de las “criaturas de la opinión pública” (Ibid).

⁵ E. SAMEK LODOVICI, “El gusto del sapere” en *Universitas*, 14 (1993), n. 4, p. 18. El destacado inicial es nuestro.

⁶ Giuseppe TANZELLA NITTI, *Pasione per la verità e responsabilità del sapere. Un'idea di università nel magistero di Giovanni Paolo II*, Prefazione di Paolo BLASI, Edizione Piemme, Casale Monferrato, 1999,

humana que propone no sólo teórica, sino también prácticamente la Universidad. Si se deja en el orden de lo incierto esta idea o, peor aun, si se la menciona para colocarla en la región de lo neutro, todas las relaciones que articulan y definen los deberes de la Universidad -propios de su naturaleza y fines- se debilitan y terminan por desdibujarse y substituir por otros fines ajenos.

Por otro lado, la Iglesia católica no tiene un proyecto de Universidad completo y listo, así como tampoco lo tiene respecto de la sociedad; tiene, sí, en cambio, un **proyecto de hombre**⁷ en la realidad paradigmática de Cristo-Jesús y su Revelación, los cuales manifiestan, ciertamente, el rostro del hombre y la orientación continua de sus tareas en la historia, en vista a las exigencias ineliminables de la transfiguración de un **nuevo cielo y una nueva tierra**. Si esto es así, aparece la obligación no sólo necesaria, sino grave para la Iglesia, es decir, para sus hombres, de hacer cultura en el sentido preciso y entrañable de una cultura que efectivamente *sirva al hombre* en cuanto conocimiento de su verdad -la verdad del hombre- y promoción de todo aquello que, en su realidad antropológica y en la historia, favorezcan la consolidación de su dignidad y su desarrollo. Con una generosidad y profundidad de mira admirables, el Pontífice define de cuál humanismo se trata cuando se hable de Universidad:

“La Universidad, que por vocación es una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las pocas instituciones de la sociedad moderna capaz de defender, junto con la Iglesia, al hombre en sí mismo; sin engaños, sin otro pretexto y

p. 10. El autor señala que la crisis de la universidad actual no es solamente expresión de un profundo malestar de nuestra cultura de carácter estructural, no episódico. Aunque este sea el aspecto más evidente. Se trata de cuestiones profundas, complejas y delicadas como aquellas que conciernen a la de la Universidad como comunidad de estudio investigación y docencia; las cuestiones de la relación docente-estudiante/s en el nudo de relaciones entre la investigación, la docencia y el financiamiento económico procedente de las distintas empresas y la crisis anexa de la investigación básica; las cuestiones que atraviesan las tensiones entre el saber científico y las aplicaciones tecnológicas; las discusiones actuales -en aumento- sobre el carácter ético -humano- de las investigaciones científico-tecnológicas; las cuestiones de inserción e impacto social de la Universidad en términos precisos de su irrenunciable misión educadora.

⁷ JUAN PABLO II, *Omelia agli universitari romani nella Basilica di San Pietro*, 5.IV.1979, IGP2, 2, (1979/1) 802-809, n. 6.

sin otra razón que aquella que señala que el hombre posee una dignidad única y que merece ser estimado por sí mismo”⁸.

Es bueno recordar, el orden de las realidades humanas de la Iglesia católica, que el deber de la reflexión es tan grave como el deber de la caridad cuando el objeto de la reflexión es, precisamente, la Universidad como lugar privilegiado de la formación de la persona humana donde se plasma su educación superior⁹. En efecto, lo que allí hay que pensar y decidir no atiende solamente al “significado de la investigación científica, la tecnología, la vivencia social sino que, mucho más profundamente, lo que está en juego es el significado del hombre mismo”¹⁰.

Una segunda razón para llevar a cabo el examen propuesto radica en la coherencia profunda y sostenida de las enseñanzas de Juan Pablo II dirigidas explícitamente a los universitarios y al mundo de la Universidad. En estos textos se discierne un pensamiento unitario, fiel a las exigencias del Concilio Vaticano II y a su propia experiencia personal -durante largos años- de universitario, filósofo, profesor y pastor¹¹.

b. La idea de la Universidad

En cuanto a la idea de la Universidad quisiéramos detenernos un instante en la contribución de dos grandes maestros en este tema, nos referimos a Wilhelm von Humboldt (1767-1835) y a Henry Newman (1801-1890).

En el caso de W. von Humboldt, hombre de una vasta y muy rica formación intelectual en la que convergían la filosofía alemana de su época, el conocimiento segu-

⁸ JUAN PABLO II, *Messaggio al mondo universitario dell' America Centrale*, 7.III.1983. Ciudad de Guatemala, IGP2, (1983/1), 40-45, n. 6. El remarcado es nuestro.

⁹ *Gaudium et Spes*, proemium.

¹⁰ Costituzione Apostolica sulle Università Cattoliche *Ex Corde Ecclesiae*, 15 VIII, 1990, IGP2, 13 (1990/2) 255-279.

¹¹ G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 13, quien cita en este sentido los siguientes textos donde -desde el comienzo de su pontificado- se hallan expresadas las grandes líneas y temas de su pensamiento sobre el tema de la Universidad: el Discurso a la Asamblea de la UNESCO (1980), el discurso en la Catedral de Colonia (1980), los discursos en la Universidad de Bologna y Padova (1982) el de la ciudad de Guatemala (1983), el de Louvain (1985) y el de Upsala (198.) y, finalmente, la sugestiva síntesis ofrecida al *Direttore della Specola Vaticana* (1988). Además, el trasfondo de la *Gaudium et Spes* y la antropología cristológica delineada, programáticamente, en la *Redemptor hominis*.

ro de los clásicos, los estudios de jurisprudencia y la praxis política a través de importantes funciones públicas de gobierno, sin olvidar sus relaciones personales con Jacobi, Schiller y Goethe; Aparece esta idea ante todo, en su concepto de la formación científica (*Bildung*) que protagoniza la Universidad. Esta formación debe promover el desarrollo del vínculo que liga el yo de la persona con el mundo como objeto intencional de la ciencia, este mundo es el de una realidad objetiva que debe ser conocida y transformada¹². Así escribe: “los institutos científicos superiores como vértice, hacia el cual confluye todo lo que se hace directamente por la cultura moral de la nación, reposa sobre el hecho de que dichos institutos están destinados a elaborar la ciencia en el sentido más profundo y lato del término, ofreciendo a la educación espíritu y ética material no sólo intencionalmente predispuesta sino, también “funcional per se”¹³, se entiende en el sentido que la ciencia es capaz de expresar *in se* un fin, de contribuir al crecimiento de la persona humana que se dedica a ella, así como al crecimiento de la sociedad sin necesidad de que intervengan mediaciones ulteriores extrínsecas a la ciencia misma¹⁴. En orden a estas declaraciones y a sus efectos en la sociedad, la Universidad -en la idea de von Humboldt- propone una experiencia de la unidad del conocimiento científico abonada por el desarrollo de las diversas disciplinas científicas y la apertura a la historia de los pueblos. La tarea de la Universidad es la de la universalidad, a esta universalidad se accede por el cultivo de la cultura de la nación entendida en sentido romántico. En todo caso, von Humboldt marca su distancia respecto del ideal iluminista; en efecto, la universalidad de la que se trata es la de la totalidad de las concreciones históricas. Su concepción de la ciencia es igualmente realista y abierta, jamás clausurado en alguna ideología o en algún terminismo más o menos instrumentalista. En suma: la experiencia y el concepto de una ciencia constantemente buscada desde la esperanza de hallar la verdad para comunicarla y hacerla verdaderamente común. En este sentido sus palabras reflejan las profundas tensiones

¹² G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, 59.

¹³ Una excelente presentación y una bibliografía razonada sobre el pensamiento universitario de W. VON HUMBOLDT puede leerse en M. IVALDO, *La teoría dell' unità in Humboldt in L'unità del sapere. La questione universitaria nella filosofia del XIX secolo*, a cura di A. RIGOBELLO et al., Roma, Citta Nuova, 1977, pp. 45-60; 185-187. Ver además W VON HUMBOLDT, *Università e umanità*, a cura di F. TESSITORE, Napoli, Guida, 1970, citado por TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 58, n. 2.

¹⁴ G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 59. n.3.

que trabajaban, ya entonces, la actividad científica en la Universidad y, por otra parte, marcan nítidamente su penetración y sabiduría: “Apenas se cese de buscar efectivamente la ciencia, o se imagine que ésta no es creada por la profundidad del espíritu, sino que puede ser acumulada extensivamente mediante un trabajo de recolección, todo está perdido irremediablemente para siempre¹⁵”.

Ahora, quizá, se entiende mejor uno de los aspectos fundamentales y por eso mismo duraderos de la idea de la Universidad en Humboldt, a saber: la unión entre la investigación científica y su transmisión en la enseñanza, ya que según la concepción del pensador germano ambas son *Bildung*, formación **moral**. En la práctica de aquellos años, en Alemania, se proponía que el hombre que había alcanzado el rango de miembro de una Academia científica -por el mérito de su labor científica- fuera, al mismo tiempo, el Profesor de la Universidad.

Otro de los rasgos esenciales que von Humboldt fijaba para la Universidad cabe en la realidad y la fuerza de dos palabras: *Freiheit und Einsamkeit* es decir, “libertad y soledad”, como las condiciones *sine qua non* de la vida de la Universidad. Qué duras pueden parecer estas dos palabras y sus exigencias para un tiempo como el nuestro que multiplica las dependencias y que celebra la *togetherness* para las más diversas actividades del espíritu. Von Humboldt jamás negó la necesidad de cooperación espiritual y científica entre los hombres que hacían solidariamente la ciencia y la Universidad, en cambio, advirtió lúcidamente acerca de la posibilidad siempre abierta de una degradación por vía de una socialización totalitaria y bastarda -hay otra genuina y promotora de la mayor excelencia-, “en la humanidad la acción espiritual sólo puede prosperar en la cooperación”, dicha cooperación será indispensable y

¹⁵ W. VON HUMBOLDT, *Università e umanità*, op. cit. p. 38. El propósito claro y constante de buscar y hallar la verdad en la ciencia no contradice ni su apertura, ni su desarrollo así como, tampoco, su necesaria humildad sino que, por el contrario, reclaman todo esto. El prof. Mario Bunge en un artículo titulado *El fraude científico*, Diario La Nación, 23 Octubre 2000, p. 17, recuerda que la sociedad -que es quien paga las cuentas de los costos de la investigación científica- confía en que los científicos buscan la verdad y que, algunas veces, la encuentran. Señala, sin embargo, que algunos sociólogos postmodernos de la ciencia como M. Foucault, B. Latour y S. Woolgar, afirman que los científicos no buscan la ciencia si el poder. Estos dichos habría que contrastarlos con el examen de una sociología respetuosa de los hechos.

deberá ser ininterrumpida "en la organización de los institutos científicos"¹⁶ y, por extensión, en la vida misma de la Universidad.

La libertad académica de la Universidad que prescribía von Humboldt, tenía que ver con sus relaciones con el Estado. En efecto, en el interés primario del Estado, éste deberá dejar suficiente espacio para la vida y la acción de la Universidad. Ya que los frutos de la libertad son mucho más abundantes y más nobles que los del control obsesivo, estéril, continuo y total. La libertad, era aquí la condición necesaria y suficiente para alcanzar los fines propios de la ciencia y de la Universidad, los cuales bordan en el bien común del Estado.

Una palabra, siquiera, debe ser dicha acerca de este bien precioso y despreciado por nuestro tiempo: la soledad, cuando ésta se piensa como condición necesaria de la vida de la Universidad. La evidencia de este requisito para toda vida humana fecunda e intensa hoy no es manifiesta, y, menos aún, para la Universidad contemporánea, entonces, ¿qué quiere decir von Humboldt cuando requiere la **soledad** para la verdadera vida de la Universidad? Ante todo, no quiere decir aislamiento, ni tampoco **huida** frente a las responsabilidades históricas que trae consigo el tiempo en el que se vive. No quiere decir discriminación en el cuerpo social, entre aquellos que han accedido a la Universidad y aquellos otros que no han tenido esta oportunidad. Indica, simplemente, la necesidad de **recogimiento para ser y obrar** en el orden de las tareas del espíritu -ciencias, tecnologías artes, filosofía y teología- que requieren un régimen de alta condensación de la totalidad de la existencia, no sólo del pensamiento. El **recogimiento** que permite tomar distancia frente a la vorágine del activismo insensato que se viste, habitualmente, de preocupación e interés por los problemas o las crisis y termina absorbido por ellos.

La soledad vivida como recogimiento genuino y profundo es el ámbito propicio para el pensamiento y la acción que -en la Universidad- no se reducen exclusivamente a la solución de problemas y que, de este modo, resisten creativamente a la invasión de la barbarie¹⁷, porque la soledad así entendida y experimentada, hace posible

¹⁶ W. VON HUMBOLDT, *Università e umanità*, op. cit., pp. 35-41.

¹⁷ Jean-François MATTEI, *La barbarie intérieure. Essai sur l'immonde moderne*, París, PUF, 1999, Chapitre IV. *La barbarie de l'éducation*, pp. 137-180. Ver una amplia bibliografía sobre este tema

el ocio en el que el hombre se educa en la excelencia por sobre el imperio de las más diversas e inmediatas urgencias. Por último, es desde el corazón ardiente de la soledad que las relaciones de la Universidad con su medio se hacen más entrañables, más amplias en términos precisos de amor a la verdad y servicio al hombre.

Por su parte, la vida de John Henry Newman (1801-1890) estuvo intensa y largamente unida a la Universidad. Formado en el anglicanismo, se ordenó ministro de esta confesión en 1825. Había estudiado en la Universidad de Oxford como estudiante del Trinity College, alcanzado después el estatuto de Fellow y Tutor en el Oriel College. En sus célebres *University Sermons* y durante su estadía en Oriel College (1822-1843) vivió la vida universitaria y meditó hondamente sobre ella. Allí mismo tuvo ocasión de restaurar la función del Tutor personal que se hallaba en un momentáneo desuso.

Convertido al **catolicismo**, se ordenó sacerdote católico en 1847 y en el año 1851 recibió el mandato de los obispos irlandeses de fundar una universidad confesional, sobre el modelo de la Université Catholique de Louvain. Newman dirigió esta Universidad desde su comienzo mismo, y fue su Rector bajo encargo expreso de la Santa Sede desde 1858.

El pensamiento sobre la educación universitaria aparece ya en los *Sermones* pronunciadas en la Universidad de Oxford, pero su expresión articulada y profundizada se hizo manifiesta en una serie de conferencias intitulada *The Scope and Nature of University Education*, con las cuales Newman presentó su proyecto de Universidad Católica, este texto fue recogido después en su célebre *The Idea of a University*. Sobre el mismo tema se puede consultar *Discussions and Arguments* y el tercer volumen de *Historical Sketches*¹⁸.

actual y grave. Entre otros muchos: Isabelle STAM et François THOM, *L'école des Barbares*, París, Juillard, 1985 y Thomas DE KONNINCK, *Philosophie critique de l'éducation*, París, PUF, 1999, J.F. MATTEI, op. cit., p. 138, n. 1.

¹⁸ J.H. NEWMAN, *The idea of University*, Loyola University Press, Chicago, 1987. Esta edición retoma el texto de 1927, además de las conferencias de 1852 (pp.1-257) contiene también *University Subjects* (pp. 259-456) y los trabajos del vol. III de *Historical Sketches* que conciernen a la Universidad (pp.457-498). Ver además la edición con introducción y notas de I. KER, Clarendon Press, Oxford, 1976. En cuanto a la Biografía de J.H. Newman, ver del mismo I. KER, *John Henry Newman (1801-1890)*, Ox-

Las ideas de Newman sobre la Universidad hicieron un largo camino y forman parte importante del desarrollo de las diversas Universidades Católicas durante los años posteriores. La Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* cita varias veces la obra de Newman¹⁹.

Para el Cardenal la misión de la Universidad es, ante todo, **educar**. Allí es preciso “enseñar un saber universal” y, por lo mismo, “dedicarse a la educación de la inteligencia”, “educar para saber”. Estas exigencias no quedan en un plano formal sino que, por el contrario, apuntan a un preciso contenido antropológico: formar hombres “capaces de sentirse en su propia casa en cualquier ambiente”. Esta educación universitaria -según Newman- ha de ordenarse para “proporcionar al hombre una clara y consciente visión de sus opiniones y juicios, autoridad para desarrollarlos, elocuencia para expresarlos, fuerza para imponerlos. Esta educación enseña a ver las cosas como son, a ir directamente al núcleo, a desenredar pensamientos confusos, a descubrir lo que es sofisticado y a eliminar lo que carece de relieve. Prepara al hombre para desempeñar un puesto con honor, y a dominar cada argumento con facilidad. Muestra al hombre cómo adaptarse a los otros, cómo colocarse en su condición mental y cómo prestarles la propia, cómo influir sobre ellos, cómo entenderse con ellos, cómo soportarlos. Cómo hallarse en casa en cualquier sociedad”²⁰.

El fin de la Universidad concebida por Newman no es promover nuevos genios, líderes políticos o autores inmortales, aunque muchos de sus estudiantes pueden llegar

ford University Press, Oxford, 1988, en español J. MORALES, *Newman (1801-1890)*, Rialp, Madrid, 1990. Ver además G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 3, n. 8, en relación con la importante bibliografía citada allí sobre J.H. NEWMAN. Entre los valiosos materiales mencionados señalamos G. RUTLER, *IL CONCETTO DI UNIVERSITÀ CATTOLICA NEL PENSIERO DI NEWMAN*, a cura di S. JAKI CSB,LEV, Citta del Vaticano, 1992, pp. 97-123. Fernando María CAVALLER, *Aproximación a Newman*, Ediciones de la Universidad Católica Argentina (EDUCA), Bs. As., 1999. Ver además la importante Revista *Newmaniana*, Año IX, N° 27, septiembre 1999, donde se anuncia la realización en el año 2001 del próximo Congreso Internacional sobre Newman en Oxford, en ocasión del bicentenario del nacimiento del ilustre cardenal.

¹⁹ ECE, n. 3 en el contexto de la Universidad como el lugar donde se sirva la causa de la verdad. Ver nn. 19 y 25 en orden a la interdisciplinariedad y el importante concepto de formación universitaria.

²⁰ J.H. NEWMAN, *L'idea di Università, Vita e Pensiero*, Milano, 1976, pp. 212-213.

a serlo en algún momento posterior a su formación universitaria sino, ante todo, formar personas maduras, dotadas de “libertad, equidad, moderación, calma y sabiduría”.

La educación universitaria que propone Newman comporta un hábito filosófico ineliminable, ya que el saber de las diversas ciencias es cultivado con un fin en sí mismo y no por sus posibles aplicaciones prácticas en razón de los múltiples problemas que aparecen en la realidad histórica. Esta es la razón por la que Newman llamó a esta educación universitaria liberal en contraposición a servil, de la misma manera en la que en la tradición se distinguían las artes liberales de los oficios útiles y, sin duda alguna, necesarios. Es un error frecuente pensar que la época de Newman estaba mejor preparada que la nuestra para recibir estas ideas apoyadas en la tradición. Este error nace de nuestro **narcisismo** en cuanto a la intensidad y dificultad de nuestros problemas o nuestras angustias, pero carece de información y de argumentos históricos. Conviene recordar que el Cardenal expone sus ideas sobre la educación universitaria en el ámbito de la cultura inglesa, dominada por una atmósfera de pragmatismo filosófico mientras, por otra parte, la revolución industrial se hallaba ya en curso con los presupuestos y resultados prácticos que son bien conocidos. Newman propuso su idea humanística de Universidad en términos dialécticos, demostrando que una cultura girada completamente a la experiencia de los saberes **útiles** no podía despreciar -a riesgo de una grave contradicción práctica- **el saber más útil** para la inmensa mayoría de los hombres, esto es: el **saber liberal**. Así escribe: “Locke y sus discípulos quieren disuadirnos del cultivo del intelecto, basándose sobre la idea de que toda forma de educación que no enseñe alguna profesión, alguna arte mecánica o algún conocimiento físico, es completamente inútil. Yo digo que un intelecto cultivado, puesto que es un bien en sí mismo, lleva consigo una fuerza y una gracia para toda obra y ocupación que se emprenda, y nos hace capaces de ser más útiles a un número mayor de personas”²¹. Así la educación universitaria se distingue formalmente de la mera **instrucción**, de la necesaria **formación profesional** y, también, de la adquisición de las virtudes cristianas, esto es de una **formación religiosa** inicial aunque rigurosa. Se distingue de la **instrucción** porque, más allá de lo que estamos acostumbrados a pensar habitualmente, la Universidad no es el lugar de la erudición, aunque es en la Universidad donde se adquiere un número creciente de informa-

²¹ J.H. NEWMAN, *op. cit.*, p. 202.

ciones. Newman enseña que la erudición no tiene *-per se-* la capacidad de formar una persona, ni tampoco la de cultivar su inteligencia. El conocimiento que forma parte de la verdadera educación trasciende, siempre, la recolección y acumulación de datos, exige su ordenamiento y organización y, lo que es más importante aun porque excede las destrezas metodológicas, reclama su discernimiento y juicio como la instancia indispensable para remitir una masa de datos, que crece indefinidamente, hacia los principios capaces de hacer comprender sus relaciones y conferirles una forma inteligible²².

La formación universitaria en Newman se distingue también de la **preparación profesional**, no porque se ignore su necesidad y su valor específico, sino porque cualquiera sea su prestigio se halla inserta en un horizonte humano más amplio, más rico y, sobre todo, más exigente respecto del espíritu. Escuchemos a Newman: “si entonces, polemizo y deberé polemizar, contra el conocimiento profesional o científico como fines suficientes de la educación universitaria, no piensen, Señores, que quiera faltar el respeto a estos estudios, artes o vocaciones particulares, y a quienes se han empeñado en ellas. Al decir que la Ley o la Medicina no es el de la educación universitaria, no entiendo que no debe enseñarse Leyes o Medicina. ¿Qué cosa puede enseñar la Universidad si no enseñar algo particular? La Universidad enseña todo el conocimiento enseñando todos los sectores y de ningún otro modo. Yo digo que habrá una distinción que concierne al Profesor de Leyes, Medicina Geología o Economía política, dentro de una Universidad y fuera de ella. Fuera de la Universidad dichas personas corren el riesgo de ser absorbidos y circunscritos por su especialización y, así, dar lecciones que son solamente las de un jurista, un médico, un geólogo o un economista político; mientras que en una Universidad estas personas, así como sus respectivas ciencias, deben colocarse en un lugar que les es conocido, después de haber alcanzado una visión global de la unidad del saber, y absteniéndose de la extravagancia de competir con otros estudios, extraer de estos una iluminación especial, una amplitud mental, un sentido de libertad y una posesión de sí mismo y, en consecuencia, tratar su propio sector (de conocimiento) con una filosofía y riqueza de recursos que no pertenecen a su estudio en sí mismo, sino a una educación **liberal**”²³.

²² *Ibid.*, p. 17.

²³ *Ibid.*, pp. 201-202.

En otro sentido, Newman insistió en el hecho de que la educación universitaria en tanto que educación liberal, no forma ni al cristiano, ni al católico, sino al **gentleman**²⁴. Y declaró, al mismo tiempo, que esta educación no se opone sino que prepara a una real apertura a la educación religiosa propiamente dicha.

La característica fundamental de la formación universitaria es la de alcanzar una visión unificada de la realidad, una distinción entre las varias disciplinas, así como la de sus relaciones, sin olvidar el juicio crítico que merecen cada una de sus conclusiones. La Universidad es, entonces, el lugar *par excellence* de la interdisciplinarietà. Ahora bien, este hábito de unidad y discernimiento de cada realidad es propiamente un hábito filosófico y específicamente metafísico. Newman nunca separó la verdadera cultura de la tarea sustancial de la Universidad: "(...) la verdadera cultura consiste en el proceso de transmisión del saber al intelecto en esta manera filosófica; tal cultura es un bien en sí mismo; tal conocimiento, que es tanto su instrumento cuanto su resultado es llamado conocimiento liberal; tal cultura con el conocimiento que lo causa puede ser buscada, convenientemente, por sí misma; además, dicha cultura es de gran utilidad secular en cuanto constituye la mejor formación y la más alta del intelecto para la vida social y política"²⁵.

Newman entendió la Universidad como una **comunidad viviente**, donde la realidad de su espíritu así como la de sus interacciones humanas y científicas subordinan los aspectos estructurales y aun las legislaciones didácticas, no a la inversa. Una Universidad ajena a la mera acumulación de información y aun de conocimientos; una Universidad cuyo fin no se reduce a producir liderazgo social, económico o político; una Universidad que en razón de su inserción en la sociedad no se concibe a sí misma como una institución destinada exclusivamente a la formación de profesionales o la promoción de investigaciones aplicadas a la resolución de problemas tecnocientíficos o de cualquier otra índole. Una Universidad que **eduque** a las personas en el amor al saber que conduce a la sabiduría y, de este modo, a valorar ante todo: "la libertad, la equidad, la moderación, la calma, la sabiduría". Una Universidad que ha comprendido que la búsqueda y realización

²⁴ *Ibid.*, p. 159.

²⁵ *Ibid.*, pp. 246-247.

de toda utilidad es posible a partir de la experiencia y docencia de una serie ineliminable de bienes humanos rigurosamente **inútiles**.

La Universidad contemporánea ha elegido un camino diverso al que propone Newman, renunciando a la cultura universitaria que él llamaba **liberal**, en el sentido de unificadora de la vasta diversidad de saberes que hacían al saber del **gentleman**. Se ha privilegiado ahora la especialización y la erudición, la fragmentación disciplinaria por sobre una unidad filosófica que es, al mismo tiempo, marco y trasfondo. La actualidad de las reflexiones del Cardenal sobre la Universidad consiste en que no propone un modelo de Universidad sino más bien un programa -muy amplio- de formación de la persona.

II. UNIVERSIDAD Y NUEVO HUMANISMO

La formulación de un nuevo humanismo debe tener en cuenta la curva total de la modernidad que incluye el programa completo del racionalismo, hasta el nihilismo, así como los pactos con las diversas ideologías que terminaron los acontecimientos del s. XX y su conclusión en la profunda crisis de sentido de la sociedad contemporánea²⁶. Hay, ante todo, una convergencia entre cristianismo y humanismo, la cual será finalmente una convergencia entre cristianismo y cultura. Se dice -y con razón- que todo lo que es humano interesa a la Iglesia; pero es necesario decir más: todo lo que es humano **pertenece** a la Iglesia, porque pertenece a Cristo²⁷. Importa subrayar aquí que la Iglesia y la Universidad tienen en común la **pasión** por el hombre²⁸, entendiendo aquel hombre develado completamente por la realidad divino-humana de Cristo (*Gaudium et Spes*, 22) y

²⁶ G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 117. En este sentido, el Magisterio de Juan Pablo II ha desarrollado una tarea crítica en la que se reúnen la lucidez y la falta de complacencia.

²⁷ JUAN PABLO II, *Allocuzione all' Organizzazione delle Nazioni Unite per l'Educazione, la Scienza e la Cultura*, París, 2-VI-1970, IGP2, 3 (1980/1)1636-1655 (= *Allocuzione all'UNESCO*), n.10.

²⁸ JUAN PABLO II, *Ai docenti dell'Universita di Bologna*, a San Domenico, 18-IV-1982, IGP2, 5 (1982/1) 1223-1231.

que en su Encarnación no se ha limitado a establecer un diagnóstico universal del hombre sino que, “en cierto modo se ha unido a cada hombre²⁹”.

La Universidad no puede desentenderse de una tarea **intensiva** -no sólo de extensión universitaria- la de promover una cultura que merezca el nombre de humana, ya que “cultura es aquello por lo cual el hombre, en cuanto hombre, se vuelve más hombre, ‘es’ más, accede más al ‘ser’. Es aquello en lo que se funda la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que él tiene, entre el ser y el tener”³⁰. Ahora bien, toda obra de cultura humana en los términos recién expresados exige inevitablemente un **discernimiento** prudente y fiel a la vez, respecto de la historia más inmediata. En este sentido es útil para el interés de nuestro tema recordar algunas palabras de Juan Pablo II: “¿Dónde están, hoy, las solemnes proclamas de un cientificismo que prometía descubrirle al hombre espacios infinitos de progreso y bienestar? ¿Dónde están las esperanzas que el hombre, proclamada la muerte de Dios, ocupando finalmente su lugar en el mundo y en la historia, tendría acerca de una nueva era en la que él solo habría vencido todos sus males? Los acontecimientos trágicos que han ensangrentado el suelo de Europa con espantosos conflictos fratricidas (y decimos nosotros que continúan haciéndolo); el acceso al poder de regímenes totalitarios que han negado y niegan la libertad y los derechos fundamentales del hombre; las dudas y reservas que pesan sobre el progreso que, mientras manipula los bienes del universo para acrecentar la opulencia y el bienestar no sólo ataca el **hábitat** del hombre sino que construye, también, tremendos mecanismos de destrucción; el epílogo fatal de las corrientes filosófico-culturales y de los movimientos de liberación cerrados a la trascendencia, todo esto ha terminado por desencantar al hombre europeo arrojándolo al escepticismo, al relativismo, haciéndolo caer en el nihilismo, en la insignificancia³¹”.

La promoción de un nuevo humanismo desde la Universidad no puede ignorar la parte que le toca en esto a esta institución en su período moderno, y en el corazón mismo de la Universidad como lugar filosófico. En efecto, fue en su seno donde, a

²⁹ Palabras estas que corresponden al final del exordio de la *Redemptor hominis* que constituyen un eje de la meditación constante del Pontífice que se traducen, además, en su acción pastoral. Ver *Ai docenti universitari nell'Ateneo del Sacro Cuore*, Milano, 22-V-1983, IGP2, (1983/1) 1326-1332. n. 13.

³⁰ JUAN PABLO II, *Allocuzione all'UNESCO*, op. cit., nn. 6-7.

³¹ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 4-III-1979, nn.15-16

grandes voces, se exaltó la razón hasta crisparla y producir finalmente, la unilateralización de la razón, la razón meramente instrumental o estratégica que se vuelve necesariamente contra lo humano del hombre y que, en su tiempo denunciara E. Husserl a través del texto célebre de *La crisis de las ciencias europeas*³². Es también en la misma Universidad donde es posible y, más aun, necesario proponer un humanismo que será **nuevo** a favor de la inagotable novedad del Cristo Viviente, que no cesa de develar el rostro interior de cada hombre en la Historia y, al mismo tiempo, este humanismo será nuevo por el vigor de la perspectiva dialógico-relacional que procede de la unidad del saber universitario³³, más allá de los procesos de fragmentación del conocimiento y de hiperespecialización tecnocientífica en curso.

Ha sido la mirada penetrante de M. Heidegger, la que ha señalado una de las paradojas más dolorosas de nuestro tiempo: “Ninguna época ha tenido como la actual nociones más numerosas y variadas sobre el hombre. Ninguna época como la nuestra, ha logrado presentar su saber en torno al hombre de un modo tan eficaz y fascinante, ni ha logrado tampoco comunicarlo de una manera tan rápida y fácil. Y también es verdad, sin embargo, que ninguna época ha sabido menos que la nuestra qué cosa sea el hombre. Jamás el hombre ha asumido un aspecto tan problemático como en nuestros días”³⁴. Este estado de hiperinformación y, al mismo tiempo, de perplejidad acerca del hombre, procede de la crisis de nuestra antropología después de Kant, más allá de sus meritorias declaraciones acerca de la persona humana en cuanto fin en sí mismo³⁵. Esta inadecuación de nuestra antropología filosófica es la que señala y medita hondamente el Pontífice cuando escribe: “Ciertamente, una de las debilidades más evidentes de la civilización actual consiste en la visión inadecuada del hombre. La nuestra es sin duda, una época en la cual se ha escrito y hablado mucho acerca del hombre, época de los humanismos y del antropocentrismo. No obstante es, también,

³² Ed. HUSSERL, *Die Krisis der europäischen Phänomenologie und die transzendente Phänomenologie*, ed. W. Biemel, 1954. Para la confrontación entre el pensamiento filosófico de Juan Pablo II y Husserl ver A. STRUMIA, *L'uomo e la scienza nel magistero di Giovanni Paolo II*, Piemme, Casale Monferrati, 1987, pp. 52-71.

³³ JUAN PABLO II, *Lettera al Direttore della Specola Vaticana*, 1-VI-1988 in OR 26-X-1988, pp. 5-6.

³⁴ M. HEIDEGGER, *Kant e il problema della metafisica*, Silva, Genova, 19.2, pp. 275-276.

³⁵ J. MERECKI, *Alla ricerca di un'antropologia adeguata. K. Wojtyła all'Università Cattolica di Lublino in Nuntium*, Pontificia Università Lateranense, nov. 1996, pp. 87-93.

paradójicamente, época de las angustias más profundas del hombre acerca de la propia identidad del propio destino, del retroceso del hombre a niveles antes insospechados época de valores humanos nunca antes conculcados. ¿Cómo se explica esta paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del **hombre amputado** de una dimensión esencial del propio ser –la búsqueda de lo infinito- y puesto así, frente a la peor reducción del mismo ser”³⁶.

El nuevo humanismo que la Universidad puede y debe proponer ha de ser icónico en el sentido de contemplar el misterio del hombre en el misterio de Cristo, este acto implica universitariamente, la justa autonomía de las ciencias y de las técnicas, tanto metodológica cuanto epistemológicamente. Sin embargo, todo este esfuerzo y toda esta diversidad de conocimientos y logros que el hombre alcanza y acumula como un capital riquísimo de saber no debería nunca -no desde la Universidad- hacernos perder “la facultad de asombro y de contemplación que conducen a la sabiduría”³⁷.

La experiencia profunda de la Universidad, en el sentido señalado hasta aquí, es también la experiencia de un humanismo consistente y nuevo, tanto por su urgencia cuanto por su contenido. En todo caso, dicho esto, aparece también la opinión que entiende a todo este desarrollo como mera **ilusión**. Se afirma, entonces, que es imposible recrear la Universidad y su espíritu a partir de sus fundamentos invisibles³⁸. Sin embargo habrá que distinguir si la imposibilidad de la que se habla tiene que ver con las **estructuras** o los **hombres** calificados en su ser y obrar como **universitarios**. Y, en cualquier caso, se impone una recta inteligencia de los fines propios. Esta inteligencia en acto está más allá de la ilusión y la desilusión y lo que es peor aun: la renuncia, ya que se inscribe en la necesidad interna de la misión que concierne a las instituciones y a las personas.

Finalmente, si la Universidad y el humanismo nuevo que ella puede y debe proponer, configuran de manera viviente el **lugar de la verdad**, sería importante re-

³⁶ Juan Pablo II, *Prolusione alla III Conferenza del CELAM*, Puebla, 28-I-1979, IGP2 (1979/1), p. 220. El destacado es nuestro.

³⁷ P. K. WOJTYLA, intervención in *Acta Synodalia Sacrosanti Concilii Oecumenici Vaticanni II*, Typis Polyplotis Vaticanis, Ciudad del Vaticano, 1970-1980, IV-III, 347-348.

³⁸ G. TANZELLA NITTI, *op. cit.*, p. 254 y la importante n. 1.

cordar que, en consecuencia, dicho lugar debe ser también el del **gozo de la verdad**, en el que tanto insistió San Agustín, y que este gozo es, ante todo, difusivo, comunicativo. Esto es así porque la experiencia del bien de la verdad³⁹ se vive en **primera persona**⁴⁰, en una relación constante y “creativa con la verdad”⁴¹, es decir: un hábito nutrido en la experiencia del ser, por medio del cual el saber, que se ha hecho propio sin dejar por eso de ser universal, enfrenta la realidad en su conjunto, así como en sus diversas situaciones y novedad, dando **testimonio del espíritu** solidariamente abierto a la naturaleza de todas las cosas, y abierto a la trascendencia de un Dios Creador y Padre piadosísimo de todo.

³⁹ L. NEGRI, *L'uomo e la cultura nel magistero di Giovanni Paolo II*, Jaka Book, Milano, 1988, p. 48. El autor señala una típica circularidad logos-ethos en el pensamiento de Juan Pablo II en orden a la realidad de la cultura. La búsqueda de la verdad, en cuanto búsqueda del significado de la vida, es, en sí misma, de naturaleza ética, tiende a poner en evidencia el conjunto de valores -ethos- que, porque confieren precisamente un significado adecuado a las más profundas exigencias del hombre, hace a la vida humanamente vivible. En el pensamiento de Juan Pablo II, esta circularidad adquiere una relevancia particular. La substancia de la cultura es moral, precisamente porque ella se enfrenta, de modo consciente y crítico, al único problema real: el del hombre y sus destinos.

⁴⁰ Martin RHONHEIMER, *La prospettiva della morale. Fondamenti dell'etica filosofica*, Armado Editore, Roma, 1994, p. 32: “Ya la primera frase de la Etica de Aristóteles nos coloca en una perspectiva completamente particular: podemos llamarla la perspectiva de la praxis. De ahora en adelante no abandonaremos más esta perspectiva. Es la perspectiva de la ‘primera persona’, del sujeto de la acción. Es necesario subrayarlo enérgicamente visto que la totalidad de la tradición de la ética moderna, ante todo en sus figuras principales de la ética kantiana del deber y del utilitarismo, son éticas de la tercera persona”. Ver n. I. G. ABBA, *Felicità, vita buona e virtù. Saggio di filosofia morale*, LAS, Roma, 1989, p. 97 ss.

⁴¹ Esta relación “creativa con la verdad” -declara Juan Pablo II- en los estudios universitarios, trasciende absolutamente la función social de esos saberes disciplinarios: “(...) Toda la realidad ha sido confiada como un deber al intelecto y a la capacidad cognoscitiva del hombre en la perspectiva de la verdad, que debe ser buscada, examinada hasta hacerla aparecer en toda su complejidad y simplicidad conjunta. De ahí que esta relación creativa con la verdad en un sector elegido del conocimiento y de la ciencia constituya, precisamente, la substancia de los estudios universitarios”. JUAN PABLO II, “Lettera agli universitari del Messico e dell'America Latina”, 15-II-1979, in AAS 71, (1971) 252-255, n. 1, Citado por G. TANZELLA NITTI, op. cit., p. 257, n. 5.